

# Voces polifónicas

Itinerarios de los géneros  
y las sexualidades

**María Alicia Gutiérrez (comp.)**

ACEVEDO, Mariela

BARGAS, María Luján

HILLER, Renata

TARZIBACHI, Eugenia

BACIN, Gabriela

GEMETRO, Florencia

SZULIK, Dalia

VORIA, Andrea

Ediciones Godot | Colección Crítica





# Voces polifónicas

Itinerarios de los géneros  
y las sexualidades

**Gutiérrez, María Alicia (Comp.)**

ACEVEDO, Mariela

BACIN, Gabriela

BARGAS, María Luján

GEMETRO, Florencia

HILLER, Renata

SZULIK, Dalia

TARZIBACHI, Eugenia

VORIA, Andrea

**Ediciones Godot**

Colección Crítica

Gutiérrez, María Alicia (Comp.) **Voces Polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades** - 1ª ed. - Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2011.  
290 p. : il. ; 20x13 cm. ISBN 978-987-1489-25-1 | 1. Sexualidad. I. Gutiérrez ,  
María Alicia, comp. CDD 864

El presente libro fue realizado con los aportes del UBACYT S409: Voces polifónicas: sexualidades e identidades de género de la Universidad de Buenos Aires.

**Voces Polifónicas.**  
**Itinerarios de los géneros y las sexualidades**  
Gutiérrez, María Alicia (Comp.)

**Prólogo**  
Roberto Echavarren

**Corrección**  
Hernán López Winne

**Diseño de tapa e interiores**  
Víctor Malumián

**Ediciones Godot**  
Colección Crítica  
[www.edicionesgodot.com.ar](http://www.edicionesgodot.com.ar)  
[info@edicionesgodot.com.ar](mailto:info@edicionesgodot.com.ar)  
Buenos Aires, Argentina, 2011

# ÍNDICE

## PRÓLOGO

por Roberto Echavarren . . . . .05

## INTRODUCCIÓN

*Melodías que se encuentran: acerca del género y las sexualidades,*  
por María Alicia Gutiérrez . . . . .17

## GÉNERO Y SEXUALIDADES HISTÓRICO CONTINGENTES

CAPÍTULO 1: *Géneros contingentes. Luchas por el reconocimiento en contextos de crisis social,* por Andrea Voria . . . . .31

CAPÍTULO 2: *Del descubrimiento a la creación histórico-social del dimorfismo sexual,* por María Luján Bargas . . . . .67

CAPÍTULO 3: *Lesbiandades. Algunas coordenadas historiográficas para entender la construcción del lesbianismo en la Argentina,*  
por Florencia Gemetro . . . . .91

## CUERPO, ESPACIO Y EXPERIENCIA

CAPÍTULO 4: *Todo con la misma aguja: sexualidad, aborto y arte callejero,*  
por María Alicia Gutiérrez . . . . .117

CAPÍTULO 5: *Imágenes, cuerpo y territorio en el espacio hospitalario,*  
por Dalia Szulik . . . . .143

## PODER, IDENTIDADES Y DERECHOS

CAPÍTULO 6: *Parlamentos. Tensiones en torno a la representación en el debate sobre el matrimonio gay-lésbico*, por Renata Hiller . . . . .167

CAPÍTULO 7: *Familias comaternas. Antes y después del matrimonio igualitario*, por Gabriela Bacin. . . . . 201

## TRAZOS, SIGNOS Y MIRADAS

CAPÍTULO 8: *Creadoras de historietas: franqueando límites, creando mundos*, por Mariela Acevedo. . . . . 229

CAPÍTULO 9: *¿Qué pretende usted de mí? Mujer y mirada en dos imágenes publicitarias contemporáneas*, por Eugenia Tarzibachi. . . . 261

EPÍLOGO . . . . . 285

# Género y Sexo

Por Roberto Echavarren

## PRÓLOGO

A lo largo del siglo pasado y en particular a partir de los sesenta, se volvió pública y efectiva la salida del casillero de los roles de género. Éstos fueron vistos cada vez más como lechos de Procasto, o un pesado traje que estableciese una forma predeterminada y rígida a nuestra situación, comportamiento, tendencias. Los roles de género responden a las expectativas que imponen la familia y la escuela.

Muchos de los que se sienten oprimidos por el sistema de roles de género han hecho pública su disforia o malestar. Los modos de responder a esa molestia varían.

Uno de los caminos se volvió posible sólo a partir de los primeros cincuenta. Christine Jorgensen, un ex-muchacho estadounidense que había servido en el ejército durante la Segunda Guerra, fue sometido en Dinamarca a una operación quirúrgica de cambio de sexo. Este caso célebre fue el primero de una serie interminable. Al principio el destino de estas personas era Dinamarca o Marruecos. Más tarde la intervención quirúrgica empezó a ser realizada por cirujanos de diversos países.

El motivo del cambio de sexo parece haber sido en la mayor parte de los casos no tanto una esperanza de disfrute con los nuevos genitales feminizados o masculinizados, vale decir la esperanza de gozar como una nueva mujer o como un nuevo hombre, sino más bien el “pasar” por mujer, o el “pasar” por hombre, estableciendo una concordancia entre sexo físico y género psíquico.

¿Por qué operarse? “*I want to feel complete*”, dice el actor Tom Wilkinson a Jessica Lange, su esposa, en el film *Normal* (USA, 2003). El personaje que encarna Tom

Wilkinson es un padre maduro de dos hijos, que lleva veintitrés años de matrimonio. En cierto momento decide transformarse en mujer: empieza a tomar hormonas y se prepara para la operación en cuya víspera termina el film. “¿Te acostarás con hombres después de operado?” pregunta la despavorida Jessica Lange. “No,” responde él, “los hombres no me atraen.” “Entonces ¿cómo lograrás una gratificación erótica? ¿O será nuestra relación lésbica?” “¿Nunca se te ha ocurrido que alguien pueda masturbarse?”, retruca él.

La meta del cambio no parece ser tanto la posibilidad de disfrute erótico post-quirúrgico, como un acuerdo o congruencia entre la apariencia física y el género psíquico. La disforia o malestar de género se expresa adoptando el género opuesto, no sólo en la actitud, comportamiento, vestido, corte de pelo, sino también dando vuelta los genitales, como el revés de un guante, fabricando un pene negativo que se invagina y penetra el cuerpo en forma de cavidad vacía para pasar de macho a hembra. Si la operación sale bien o mal es un riesgo que están dispuestos a asumir los transexuales. Si tienen suerte, un cirujano sofisticado instalará en las paredes de esa cavidad terminales nerviosas que la volverán sensible y capaz, quizá, de experimentar placer.

“No quiero operarme. Luego te quedas como un ropero, no sientes nada”, declara una travesti andaluza en *Vestida de azul*, película documental española. La travesti andaluza elige el goce por encima de una imagen perfecta según el género de elección. Y a partir de esta diferencia se siguen todas las demás.

Para el transexual operado los géneros son esencias, y esas esencias se confirman en la propia carne; para ser mujer, debe tener una vagina en vez de un pene. Esta literalidad a algunos puede parecer aterradora, pero en rigor no es nueva en la historia.

En occidente existían los sacerdotes castrados



de la diosa Isis. En la India antigua y actual los *hijra* se cortan el pene o los testículos con métodos caseros y peligrosos. Estos procedimientos parecen significar: para merecer la gratificación homoerótica el precio a pagar es la castración. En el caso de los *hijra* de la India, la inclinación homoerótica pudiera exigir, para ser tolerada, un precio: la ablación de los genitales, un castigo para que el desviante de las costumbres sea aceptado por el consenso comunal.

Quién así procede ¿es más papista que el papa, vale decir, refuerza su conformidad a la tradición dominante que separa los géneros de un modo riguroso? ¿O es, al contrario, un contradictor pérfido?

El transexual podría razonar: “Los géneros siguen separados e inconfundibles, sí, pero yo, a costa de un cambio anatómico y fisiológico, devengo el género de mi elección, ejerzo mi arbitrio, traspongo una frontera considerada impasable.” Su cambio de sexo puede ser leído, entonces, como una afirmación de libertad. Y de hecho exige una iniciativa firme.

En contraste con el transexual, otros individuos cuyas fantasías juegan con el cambio de género emplearán varios recursos: hormonas, siliconas que les den senos o ensanchen las caderas o inflen los glúteos, hasta la apropiada vestimenta, maquillaje, accesorios y fetiches. Todo salvo la castración.

Ya no requieren la perfecta coincidencia entre género y sexo, el acorde clásico del transexual. En este terreno juega la ironía y el humor, la parodia y el fetiche, también el comercio del sexo, un juego de señuelos perversos o hiperbólicos en relación a los atractivos femeninos o masculinos que se quieran emular. Para estas personas, es posible reinventar la apariencia y lograr una gratificación adecuada sin recurrir a la ablación de los genitales.

Subvertir los roles empieza siendo una tarea del transexual y del travesti, aunque este último puede tener

una conciencia diversa de su opción de estilo:

“El travesti no imita a la mujer. Para él, al límite, no hay mujer, sabe –y quizás, paradójicamente, sea el único en saberlo– que ella es una apariencia... El travesti no copia; simula, pero no hay norma que invite y magnetice la transformación, que decida la metáfora.”<sup>1</sup>

El circuito de los travestis del Distrito Federal de México responde, según los puntos de la ciudad donde se reúnen o trabajan en la prostitución, a tres variantes o grupos: los travestis *mariquitas*, los travestis *machos*, y los travestis *raros* (creativos, alternativos).

Pero la parodia travesti es apenas una de las posibilidades desconstruccionistas del sistema binario de género. En la riqueza de matices muchas veces innominados de ciertos individuos en nuestras calles, o del espectáculo, más o menos idiosincrásico o comercial de un músico de rock – de David Bowie a Peaches, pasando por Boy George de Culture Club y Prince – queda siempre disponible un nicho, un casillero vacío, donde aparecen las opciones excluyentes del sistema.

En diversos grados el género se reconstruye, tiene más o menos éxito en tanto imagen elaborada y rol ejercitado. Esos esfuerzos ponen en evidencia que el género es un invento y no naturaleza, una performance cotidiana continua, que ejercitamos con mayor o menor éxito o convicción. Tales ejercicios histriónicos perseveran como desempeño reiterado. Los individuos arriesgan una imagen y/o comportamiento más o menos conforme, más o menos rebelde o inadaptado. Negocian y componen un estilo, en un terreno práctico donde es posible transgredir, aunque se deben hacer concesiones. La dependencia de género como esencia naturalizada a través del ejercicio de un rol es algo de lo que deberíamos librarnos, si por una razón u otra nos sentimos molestos con respecto a la asignación que nos ha tocado.

---

1 Severo Sarduy, *La simulación*, Monte Ávila, Caracas, 1982, p. 13

¿Es necesario optar entre polos, hombre o mujer?  
¿O por una turbulencia que descarte a ambos?

Magnus Hirschfeld, un sexólogo alemán, investigó a principios del siglo XX lo que él llamaba los “estados intermedios”. Buscaba establecer un tercer sexo. Acumuló material de archivo que fue luego quemado por los nazis. Como médico pesquisó los rasgos anatómicos y fisiológicos de cada desviante; como psicólogo o investigador de las costumbres, incluyó en su libro *Travestis* (1912) el historial de doce individuos cuyas fantasías y comportamiento en público o en privado incluía disfrazarse con prendas y accesorios del género opuesto. Once de estos “travestis” (el término fue inventado por Hirschfeld para nombrar la mascarada de género opuesto al sexo biológico) eran hombres heterosexuales; el duodécimo una mujer lesbiana que se disfrazaba de hombre. Para ellos, la disforia de género se manifestaba a través de una elección de vestimenta, que adquiriría valor de fetiche. El uso de prendas del sexo opuesto erotizaba a los interesados, era un excitante para sus relaciones.

El género deja aquí de ser una frontera impenetrable. Se construye maleable, se puede desaprender y reaprender. Somos testigos a diario de cambios en el aspecto y el comportamiento de la gente. Esos cambios, infinitesimales día por día, sólo pueden apreciarse contrastando momentos separados por algunas décadas. Desdibujan de a poco aquellos rasgos nítidos y excluyentes de los modelos identitarios de nuestra niñez.

El crecido pelo de algunos, hasta extremos que parecían inverosímiles, el uso de joyas, aros y aretes, el tatuaje diversificado y extendido a partir de la segunda mitad del siglo XX, son instancias del cambio de imagen del varón. En cuanto a las maneras y el comportamiento, citaré a modo de indicio, en el Río de la Plata, la nueva costumbre de besarse cuando dos hombres se saludan, en vez del rígido, recio, formal apretón de manos. Algunos

reivindican su opción de vivir fuera de género. Cito el libro *Gender Outlaw* (1994) de Kate Bornstein.

“Sé que no soy un hombre – esto al menos me resulta muy claro - y he llegado a la conclusión de que no soy probablemente una mujer tampoco, por lo menos no según las reglas de muchos sobre este asunto. El problema es que vivimos en un mundo que insiste que seamos el uno o el otro ... No tengo la menor idea de lo que experimenta una mujer. Jamás me he sentido como una mujer o una muchacha; tuve más bien la convicción indestructible de que no era un muchacho o un hombre. Era más bien la ausencia de un sentimiento - o digamos la presencia de un no sentimiento - que me ha convencido de cambiar de sexo...”

Bornstein subraya que cierto número de personas que padecen disforia de género - rechazan el sistema binario -, no se conforman con la idea de pasar de hombre a mujer o viceversa. Casos singulares proliferan en series diferenciadas de disenso, hasta alcanzar ese punto crítico de acumulación de casos para que una minoría sexual se considere como tal minoría, grupo de presión que pueda compartir sus vivencias con otras minorías y elaborar un calendario común, aspirando a que los individuos y las instituciones emerjan desde su propia subcultura.

Según Bornstein, “al examinar las supuestas diferencias inherentes a los hombres y a las mujeres ignoramos y aun negamos la existencia misma del sistema de los géneros. De este modo en último término lo mantenemos en su lugar. Pero el sistema de género en sí mismo – la idea misma de género – debe ser abolida. Una vez abolida, las diferencias caerán por sí mismas... El blanco ideal de una rebelión transexual triunfante sería el sistema de género en cuanto tal. Pero los transexuales no atacarán ese sistema en tanto no se hayan librado de la necesidad de participar en él... La trampa para las mujeres es el sistema en sí: no son tanto los hombres los enemigos,

sino el sistema bipolar de género, que deja a los hombres en un lugar de privilegio... Sin esta estructura bipolar, la dinámica del poder entre hombres y mujeres se vería desmantelada. Ya no existiría el género como cuadro jerárquico... Después de todo, los hombres no tendrían privilegios masculinos si ya no hubiera hombres. Y las mujeres no serían oprimidas, si no hubiera ya mujeres... La desaparición del género es la clave de la desaparición del patriarcado, así como de numerosas injusticias perpetradas en nombre de la iniquidad del género... Un tercer género es el término que pone en cuestión el pensamiento binario e introduce la crítica.”

Ese tercer término permite distanciarse y relativizar el contenido de las supuestas esencias naturales. Según Bornstein, los transgéneros no nacen – así se solía decir en el siglo diecinueve – en el cuerpo equivocado; son individuos que sobrepasan la dicotomía hombre/mujer a través de improvisaciones de una perpleja combinatoria, abriendo un casillero vacío: un enigma, que relativiza o vuelve irrelevante la identidad. No sólo parodia el género (*drag*), no sólo es copia burlona de un original que es a su vez una copia, sino hibridiza su asignación indefinida; un desvío, sin que sea siempre posible determinar respecto a qué.

Ahora bien, ¿cómo escapar a las constricciones de género? No hay una vía “pura”. En cada frase que emitimos, cada paso que damos, cada caída de ojos o gesto coqueto, escenificamos nuestro aprendizaje, demostramos qué buenos alumnos somos, qué competentes, qué hábiles, para adaptar nuestros recursos a las pautas de un rol.

Pero si los géneros no tienen nada de sustancial, si se los puede aprender como el papel de un actor en el teatro, entonces la única consistencia es su ejecución, día tras día, obra que no baja nunca de cartel. ¿No baja nunca? Traviata Norma (suma de los títulos de dos óperas) era el nombre del grupo de liberación homosexual italiano, hacia 1970. Desde los astros del rock hasta los detallistas del

*street style*, constatamos fases artísticas en la elaboración del cuerpo, de la gestualidad y la conducta. No hay registro fotográfico exhaustivo que haya captado la proliferación siempre sorprendente de ejemplares señalados, anómalos, anormales, cuyo juego seduce a partir de una falta de identidad de género.

A esta altura se impone la distinción entre performance consuetudinaria, repetitiva, de los roles aprendidos, y performance artística, que parodia o varía, produciendo un “monstruo”, resaltando una anomalía, una nueva forma de seducir. No hay separación neta entre ambas, la performance artística se derrama sobre nuestro comportamiento cotidiano en una serie de aliteraciones, de prótesis, de atuendos recombinados, de comportamientos disidentes, o contraconductas.

Contrapuesto al “arte cárnico”, que afecta el soporte corporal, surge un arte performativo de la vestimenta, fetiches y accesorios, efectos de maquillaje, realces ofrecidos en una contra-pasarela de destaque suplementario o hiperbólico. Esta modalidad de performance parodia o desconstruye el *fashion file*, pero es, en sí, una aventura de diseño.

Si el cuerpo es una situación política que nos ata desde la infancia a una red de expectativas, reglas y demandas concernientes al aspecto que tenemos, al modo en que actuamos, nos vestimos, nuestra identidad de género, qué cuerpos debemos desear y cómo, con la edad esa red se ajusta, las transgresiones de la infancia ya no son tan entretenidas o tan bien aceptadas, sino mal recibidas e importunas, cuando chicos y chicas devienen precisamente eso, un hombre y una mujer, a través de un proceso supuestamente “natural”. Mientras otros, desde la religión, desde el derecho positivo, desde las políticas laborales, desde la policía, desde la medicina, desde la moda, definen y regulan nuestro sexo y nuestro género, nosotros nos pasamos un tiempo aún mayor aprendiéndolo,

ensayándolo, explorándolo y perfeccionándolo.

En la adultez el rol está habitado tan completamente, que parece inevitable. Si algún experimento de la infancia reaparece en la edad madura, lo encontramos torpe, vergonzoso, y aun amenazante. Amenazante, pero no desaparecido. El género parece algo que somos, sin embargo es siempre un hecho más que un ser. En tal sentido, el género es mascarada. Y mientras vivamos disfrazados, siempre es posible que algo salga mal, que resbalemos fuera de la representación, fuera del guión previsible.

Género es antes que nada un sistema de símbolos, reglas, privilegios y castigos correspondientes a nuestro éxito o fracaso en aprenderlo. Pero no es sólo un sistema de leyes y prácticas, sino también una manera de pensar y de sentir. Nos hace sentir inadecuados, nos urge a convertirnos en policías de nosotros mismos, nos avergüenza con el fin de someternos, pretende que es algo natural, sin costuras, voluntario y, según el dogma religioso, ordenado por dios. Por esto la disforia de género tomó tanto tiempo para emerger al primer plano de la atención política.

Pero si escuchamos la vocecita interior que nos dijo una vez: “Éste es quien soy, así me veo, así quiero que me vean,” podremos rastrear una trayectoria tentativa de la discusión de género en la mente pública.

Se originó como una preocupación feminista. Los hombres eran la norma, y las mujeres un género aparte (*the gendered sex*). Más que atacar el sistema binario, cierto feminismo enfatizó la distribución equitativa del poder entre las partes. Pero al surgir el movimiento de los derechos gay y lesbianos, el diálogo se centró en los roles, subrayados por la ropa extravagante y el comportamiento de *butches* y de *femmes, tops y bottoms, queens* y (más tarde) *kings*. Con todo, lo gay y lésbico tendió en un principio a confinarse en la orientación de la tendencia, en la elección de objeto. Aquí y allí una voz transexual

empezó a oírse, nueva, militante, artística, desplazando el diálogo hacia transgresiones más radicales que implicaron alterar los cuerpos y los sexos.

Al articular estrategias contrarias al punto de vista hegemónico, el partícipe de luchas minoritarias habla desde otra perspectiva, desde una posición excéntrica a ser explorada, un lugar privilegiado para la crítica y el análisis.

“Apóyate en la libertad, a través del dominio de ti.”<sup>2</sup> “No se trata de liberar la verdad de todo sistema de poder – esto sería una quimera, ya que la verdad es ella misma poder – sino de separar el poder de la verdad de las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento.”<sup>3</sup>

Con respecto a la crítica activa, denuncia un doble malentendido: pensar que todo es recuperable, que cualquier resistencia o fuga vuelve al redil, que cualquier aventura de estilo de vida, o de práctica artística, es cooptada por el sistema y se convierte en moda o en publicidad: esto es la falacia de un nihilismo perezoso o de un revolucionismo abstracto y oportunista. El segundo vector del mismo malentendido lleva a la totalización negativa del accionismo terrorista: dado que todo está mal, todo es explotación, no se puede salir del sistema salvo por una contradicción absoluta, haciéndolo saltar por los aires.

La historia no tiene un sentido único, “lo que no quiere decir que sea absurda o incoherente. Al contrario, es inteligible y debe poder ser analizada hasta su más mínimo detalle: pero a partir de la inteligibilidad de las luchas, de las estrategias y de las tácticas. Ni la dialéctica (como lógica de la contradicción) ni la semiótica (como estructura de la comunicación) sabrían dar cuenta de la inteligibilidad intrínseca de los enfrentamientos. Respecto a esta inteligibilidad la dialéctica aparece como una manera

---

2 Michel Foucault, *El yo minimalista y otras conversaciones*, Buenos Aires, La Marca, 2003, p. 169.

3 Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980, p. 189.



de esquivar la realidad cada vez más azarosa y abierta, reduciéndola al esqueleto hegeliano; y la semiología, como una manera de esquivar el carácter violento, sangrante, mortal, reduciéndolo a la forma apacible y platónica del lenguaje y del diálogo.”<sup>4</sup>

Preguntar qué es el poder, equivale a preguntar cómo se ejerce. Un muchacho negro en un colegio universitario de Chattanooga (USA) resiente el machismo de su *fraternity* y se pasa a bailar en el equipo de las *majorettes* o *cheerleaders*, provocando un escándalo local. La máquina binaria lo interpretaría como una mezcla de hombre y mujer, un travesti. Pero este muchacho negro ha avanzado hacia el neutro. No se traviste. Descubre tras las identidades aparentes “la potencia de un impersonal que en modo alguno es una generalidad, sino una singularidad.”<sup>5</sup>

“La homosexualidad es una oportunidad histórica de desplegar nuevas potencialidades relacionales y afectivas”<sup>6</sup> y “es también una forma de rechazar los modos de vida propuestos y de convertir la elección sexual en el operador de un cambio - de la existencia.”<sup>7</sup> La tendencia asumida de un modo más o menos cabal conduce “a otras formas de placeres, de relaciones, de coexistencias, de lazos, de amores, de intensidades.”<sup>8</sup> “Se instauran nuevas formas de amor y creación.” Por lo tanto “el sexo no es una fatalidad: sino el posible acceso a una visión creadora.”<sup>9</sup>

Esta última década marcó un cambio legislativo que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo en diez países, desde Holanda en el 2001 hasta Argentina en el 2010. Estos diez países (Holanda, Bélgica, España,

4 Michel Foucault, *Microfísica del poder*, ed. cit., p. 179.

5 Gilles Deleuze, *Crítica y clínica*, Barcelona, Anagrama, 1996, p. 13.

6 Michel Foucault, “De l’amitié comme mode de vie”, en *Dits et écrits*, tomo IV, 1980-1988, París, Gallimard, 1994, p.166.

7 Michel Foucault, “Entretien”, en *Dits et écrits*, ed. cit., p. 295.

8 Michel Foucault, *ibidem*, p. 165.

9 Michel Foucault, “Sexo, poder y política de la identidad”, en *Dits et écrits*, tomo IV, ed. cit., p. 420.

Canadá, Sudáfrica, Noruega, Suecia, Portugal, Islandia, Argentina) admiten el matrimonio igualitario, lo cual trae consecuencias inmediatas en cuanto al estatuto de la maternidad, la comaternidad, la copaternidad, la inseminación artificial u otras formas de engendramiento, la adopción, formas alternativas de familia, seguros sociales, seguro médico, herencia, reconocimiento legal y social a formas de relacionamiento que hasta hace poco resultaban inadmisibles, y que ahora es necesario discutir, planificar, explorar y exhibir públicamente.

Debido a la presión creciente de personas *queer*, su visibilidad en la esfera pública, su empoderamiento para desembarazarse de la educación recibida y salir de una esfera de tutela a una esfera de autonomía por decisión soberana, hemos adquirido conciencia de lo que puede un cuerpo, un cuerpo capaz de coraje y de ruptura y de alegría.

Estos cambios no han ocurrido sin resistencias, en particular por parte del poder pastoral de la Iglesia, o iglesias, o denominaciones cristianas, dependiendo de países y enclaves. El poder pastoral, erosionado y desprestigiado (en particular por los escándalos en Estados Unidos y Europa a causa del abuso de niños por parte de sacerdotes o monjes católicos), todavía combate, posponiendo el cambio de las costumbres y de la ley. En los países musulmanes la constricción de la moral religiosa, de las leyes y de la policía es aún más inflexible. Las relaciones homosexuales están penalizadas todavía en ochenta países, y en algunos – Irán, Arabia Saudita, y otros - con la muerte.

Ante este panorama, dos constataciones: se ha logrado ya mucho, y mucho queda aún por lograrse.

# INTRODUCCIÓN

Melodías que se encuentran:  
acerca de los géneros y las sexualidades

**María Alicia Gutiérrez**

*Lo inexpresable está contenido  
inexpresablemente en lo expresado.*

Ludwig Wittgenstein

**E**l estudio sobre las sexualidades y géneros no alberga demasiado tiempo en el vasto universo de las ciencias sociales. Podríamos decir que desde la mirada académica, en Argentina, es a partir de la década de 1990 cuando se comienza a conformar un campo temático sobre sujetos que demandaban con acciones políticas su incorporación como ciudadanos/as.

Decir que la discursividad sobre las sexualidades comenzó su lenta inclusión en el mundo académico hacia fines del Siglo XX no significa dejar de reconocer una intensa trayectoria del pensamiento sobre estas cuestiones, que se anudó en prácticas políticas con diferentes grados de efectividad.

La presente producción se inscribe en los discursos académicos dado que es el producto de una investigación llevada a cabo en el marco de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, la intención es, también, dirigirse a los diversos actores sociales y políticos que se formulan interrogaciones similares a las nuestras. Desde nuestro lugar, no fue posible encontrar respuestas acabadas sino producir una ampliación del universo de nuevas interrogaciones.

El texto rescata la particularidad de cada voz en la escritura y una cierta frescura que permite transitar una lectura cordial. Dicha espontaneidad da la posibilidad de trascender el mundo académico y transformarse en un texto que aporte a otros campos del saber y la acción.

Como movimiento social, el de mujeres y los de diversidad sexual, tienen una forma conflictiva, contradictoria a veces, con voces que desde el grito o el silencio van marcando una polifonía que el presente texto intenta capturar. Las reflexiones, que también son contradictorias, conflictivas corren el riesgo de, más allá de las buenas intenciones, reflejar de manera acertada o errónea la porción de la realidad que cada capítulo intenta explicar. Es difícil imaginar un escenario de “objetividad”, todas de un modo u otro estamos implicadas en los movimientos a los que intentamos comprender para aportar algunas reflexiones teóricas que sirvan a la acción política. Por ello nos interesan también los resultados, los logros de la lucha política.

## ¿CÓMO ABORDAMOS LA PROBLEMÁTICA?

Los estudios aquí presentados pueden ser pensados en la línea de “discursos polisemióticos”, dado que se sustentan en diversidad de soportes inscriptos en una dimensión dialógica. Son múltiples “los modos del mirar” que desarrollan los análisis del presente trabajo colectivo, sin embargo, nociones como género, sexualidad y poder recorren a todos ellos, en un contexto histórico-político de enunciación semejante. Dichas nociones funcionan en este libro como instrumentos teórico-metodológicos que soportan el discurso, trazan las vías de reflexión y definen el desarrollo de los contenidos. Ello produce una productiva polifonía (Bajtin, 1995) referida a la presencia de diversos puntos de vista o de voces en un enunciado o en una secuencia discursiva. Por ello es posible complejizar

la noción de diversos sujetos discursivos y dar cuenta de la multiplicidad de voces que circulan en los textos. Así los diversos enunciadores son restituidos en un sinnúmero de formaciones discursivas que siguiendo a Foucault en *Arqueología del saber* (2002) son todas aquellas que pueden y deben ser dichas a partir de una posición dada y en una coyuntura determinada.

La multiplicidad de enunciadores es restituida entonces en el contexto de las décadas de 1990/2000 en Argentina, atendiendo a la proliferación de nuevas demandas, nuevos sujetos y nuevas complejidades teóricas. Es en el marco de una teorización que excede los límites del estado nación que podemos deconstruir categorías cristalizadas como género, sexualidad, poder y ciudadanía. En ese sentido los diferentes trabajos comparten el contexto de enunciación para luego producir una deriva hacia campos específicos que permiten construir un diálogo donde prevalece una colorida polifonía. Y también, lo no dicho pero que resuena en cada elaboración como la “rebelión del coro” al decir de José Nun, que en el contexto de la escritura reclama por recuperar la voz y la mirada.

El presente trabajo intenta develar los sujetos históricos que en la Argentina ocupan el campo hegemónico, y así demarcar las voces que han quedado al margen. A esas voces silenciadas, este trabajo, intenta darles una presencia.

## HACIENDO HISTORIA

La autoconciencia de las mujeres sobre su posición subalterna en el ordenamiento patriarcal de la sociedad y la búsqueda mediante acciones colectivas de su identidad pública fue identificada desde sus orígenes con la modernidad. El movimiento feminista instala muy tempranamente la consideración sobre la discriminación, la exclusión y la remisión a un lugar de subordinación en

la estructura social, la política y la cultura. Las mujeres demandaron al despuntar el siglo pasado por derechos políticos y sociales, que no era otra cosa que poner en la escena la presencia de un número significativo de sujetos que quedaban por fuera del contrato que comandaba las reglas del orden social. El derecho al voto, la educación y el trabajo serán los hitos en los que pivotará el movimiento de mujeres hasta la década del 60.

El desarrollo teórico y político a partir de los años 1960, con el llamado feminismo de la segunda ola, permite hablar con mayor precisión de feminismos. En el contexto político de aquellos tiempos, la dimensión del cuerpo comenzará a tener un estatuto hasta entonces relegado. Las políticas corporales, expresadas desde la invención de la pastilla anticonceptiva y la libertad sexual, intentan introducir la dimensión de la sexualidad, instalando una larga demanda de las mujeres para trascender la función exclusiva de la reproducción. La anticoncepción y el aborto serán el grito de sirena de un colectivo que instaba la demanda del “derecho a decidir sobre el propio cuerpo” pensado, como un reducto del control social. El poder quedaba de manifiesto en el destino de la naturaleza para las mujeres y las luchas por el aborto legal dejarían una marca sustantiva en esa deriva. Así es como, con las luchas por el aborto legal en Europa y EEUU, se instala un derecho que sigue cuestionado, en su implementación, hasta la actualidad. En la región latinoamericana, continúa siendo una deuda pendiente. El aborto es ilegal en todos los países, excepto Cuba y Puerto Rico y algunos enclaves como el DF mexicano. En el resto existen excepciones a la penalización y en algunos la situación es completamente restrictiva. En el caso argentino, está penalizado con excepciones. Desde el año 2003 se organiza la Campaña Nacional por el derecho al aborto, seguro y gratuito que entrega al parlamento un proyecto de ley de legalización en el año 2009. El mismo es firmado por legisladores

de distintos partidos políticos y es girado a comisiones diversas para su debate. En la actualidad, año 2010, se espera pueda ser discutido en esas comisiones para lograr que integre los debates de las cámaras.

Estas demandas fueron instalando, desde la perspectiva teórica y las acciones políticas una territorialización del poder en el cuerpo de las mujeres inicialmente y más tardíamente en la diversidad sexual. El arte, con su capacidad de registrar hasta lo indecible, toma nota de las demandas y las expresa en múltiples manifestaciones. La relación arte/política/ feminismo se corporiza en las acciones de Mujeres Públicas, organización que hace su aparición en Argentina en el año 2003. Herederas de la tradición feminista y de las movilizaciones del año 2001, registrarán con acciones innovativas las demandas por el aborto legal, seguro y gratuito propio del movimiento de mujeres. Sus expresiones reflejan una experiencia, así como lo es el aborto para las mujeres, poniendo en escena un quiebre, un disloque de la mirada y el sentido común, como lo expresa el artículo de mi autoría.

Por otro lado la territorialización de los estereotipos de género en espacios delimitados mostrará la larga historia de la subordinación de las mujeres. El trabajo de Dalia Szulik, usando como recurso la fotografía, nos revela el modo en que el hospital público, inserto y marcando el ritmo del barrio, se hizo carne del imaginario femenino ligado a la maternidad reforzando la función social asignada al género femenino.

## CUERPO, GÉNERO, SEXUALIDADES

Cuerpo es un vocablo polisémico, registra una realidad multifacética. Es además un objeto histórico sometido a innumerables cambios y mutaciones pero cada sociedad tiene su cuerpo, así como cada una tiene su lengua. En el proceso de globalización económica y cultural, estas

dimensiones particulares adquieren rasgos hacia la uniformidad negando en parte las particularidades de cada cultura. Entonces el cuerpo, al igual que la lengua, está sometido a innumerables mutaciones y cambios. Por ello si el cuerpo es una memoria presente de las leyes y los códigos cambiantes de una sociedad, si es a su vez un registro de las soluciones y los límites científicos y tecnológicos de cada época, el cuerpo no cesa de ser redefinido, refabricado a lo largo del tiempo.

El cuerpo es un proceso, resultado provisorio de las convergencias entre técnicas y sociedad, sentimientos y objetos, pertenece más a la historia que a la naturaleza, por ello es casi imposible encontrar “un cuerpo” que no haya sido permeado por la cultura.

La condición fundante del cuerpo, así como la sexualidad, pasa necesariamente por un proceso de simbolización, por una construcción social y cultural específica. El cuerpo funciona como una “bisagra” que articula lo social y lo psíquico (Lamas, 1999).

La existencia de un sustrato biológico compartido universalmente, no autoriza a comprender la dimensión del cuerpo con criterios universalistas. Uno de los ejemplos más interesantes que se ha trabajado desde la antropología y la historia es la noción del instinto “natural” de la maternidad, que se juega en el cuerpo de las mujeres. En esta concepción, las mujeres tendríamos una adscripción “natural” al instinto maternal, sustentado en la condición biológica de ser portadoras de la gestación, como lo detalla Dalia Szulik en su artículo. Lo que la antropología va a poner en cuestionamiento es la idea occidental de que existe algo que se puede denotar como naturaleza humana, una esencia inmutable que recorrería todas las culturas, todos los grupos sociales y que hombres y mujeres tendrían una especie de sustrato común que sería mas o menos inalterable (Gutiérrez, 2005).

La percepción del cuerpo que una determinada



sociedad tiene está fuertemente asociada al concepto de “persona” en un determinado contexto social, económico y político. Por lo tanto la dimensión del cuerpo adquiere un estatuto diferencial dependiendo de la significación que la condición de persona asuma en cada cultura. Estas concepciones inscriben un importante debate que se traduce en la necesidad, la potencialidad y las limitaciones de las políticas de derechos que involucran la dimensión del cuerpo (como por ejemplo los derechos sexuales y reproductivos, el aborto, etc.) (Gutiérrez, 2005).

El cuerpo (lo que comemos, cómo nos vestimos, los rituales diarios a través del cual nos cuidamos) es un agente de cultura, una poderosa forma simbólica, una superficie en la cual las normas centrales y las jerarquías son inscriptas. El cuerpo puede funcionar como una metáfora de la cultura. El cuerpo es también, entre otras cosas, como refieren Pierre Bourdieu (2000) y Michel Foucault (1999) un lugar práctico, directo, de control social. A través de los ritos cotidianos, el cuerpo, se hace cuerpo y sobre él se aplican las normas y las reglas de la vida social (Gutiérrez, 2005).

Ahora bien, si la dimensión cultural asume un lugar privilegiado en relación a qué se entiende por cuerpo en una configuración social, la base “material”, el sustrato biológico, abre el debate acerca del género y la diferencia sexual.

El concepto de género permitió entender que no es la anatomía lo que posiciona a mujeres y hombres en ámbitos y jerarquías distintos, sino la simbolización que las sociedades hacen de ella. El género de una persona, es esencialmente una construcción social, no natural, que varía de un grupo social a otro y de una época a otra. Se construye mediante procesos sociales de comunicación y a través de manejos de poder, y es transmitido a través de formas sutiles durante los procesos de crianza y educación.

La noción de género instala una primera estrategia para quebrar el designio de la naturaleza. Si el sexo

respondía al orden de lo inmutable, entonces el género como construcción cultural de la diferencia sexual, permitía introducir la dimensión cultural y con ello la posibilidad de sustraerse a lo inevitable e imaginar una historicidad diferente. Entonces los cuerpos inscriptos por la naturaleza se mueven en la vida atravesados por la cultura. El género permitía romper con las funciones propias del sexo. El género reconstruye el desplazamiento desde un órgano a un concepto: útero igual a madre, a función materna, a sensibilidad, dulzura y cuidado, igual a femineidad. La noción de género quiebra la metonimia y ubica en su lugar una metáfora, una construcción lógica que permitía introducir la lucha política. Esa metáfora tenía como trasfondo, como dijera Antonio Flávio Pierucci (1999), la impronta de la diferencia y el esencialismo. Seguíamos en el terreno de dos sexos, dos géneros, ello dentro de la lógica universal e igualitaria.

No pasará demasiado tiempo en que irrumpa un estallido estruendoso en relación a esa categoría de género que, también comportaba exclusiones, opresiones e invisibilizaciones. ¿En qué lugar quedaban las mujeres que no accedían ni al trabajo ni a la educación, o sea las pobres? ¿En qué lugar quedaban las mujeres que habían transitado una subjetividad cuyo deseo las llevaba al encuentro con otras mujeres?

Estos interrogantes cuestionaron la categoría mujer, mostrando que no había un universal genérico, sino que el mundo estaba atravesado por las diferencias y existían mujeres que no se sentían representadas. Se cuestiona el universal, se cuestiona la categoría, se ponen entre paréntesis la legitimidad de las representaciones. El feminismo constructivista produce un hecho discursivo que atraviesa todo el tejido social y promueve la elaboración de nuevas subjetividades femeninas. La deconstrucción de la categoría de género permite situar al mismo como performativo y no contractivo, dado que implica una

serie de operaciones frente a la aceptación de las normas que son inevitables y que se despliegan por una incesante repetición de hábitos y reglas sociales.

El trabajo de Andrea Voria nos refiere con exhaustiva precisión al modo en que se deconstruye y reconstruye el género y qué posibilidades o no generan las condiciones de crisis sociales para ello. Aborda el “deshacer el género” en contextos de fractura social donde los condicionantes económicos ponen en jaque la estructura jerárquica del género y habilitan la posibilidad de reelaborar una nueva estructuración del género. En el mismo nos muestra cómo está inserto el orden de jerarquías del género dentro de una estructura social que los constriñe y los condiciona pero a la vez, deja intersticios que habilitan el cambio.

En respuesta al interrogante sobre el lugar de las mujeres, Florencia Gemetro nos relata la historia de la construcción de la lesbiandad en Argentina, su visibilización e intervención, su patologización y la posibilidad de reconstruir un sujeto social y genérico que responda a las condiciones de lo humano. La lesbiandad como enfermedad en la visión del discurso eugenésico primero y como vector político de cambio después, permite vislumbrar el acceso a la ciudadanía desde la autodeterminación y la transformación social.

En la misma línea, Gabriela Bacin registra una situación que adquiere una renovada visibilidad en el movimiento LGTB: las maternidades lésbicas. Refiere a las distintas etapas en la constitución de esa identidad, las potencialidades que abre la nueva ley de matrimonio igualitario así como las deudas que aun conlleva de cara al reconocimiento igualitario de las familias comaternales como una nueva forma de filiación en el contexto de las políticas públicas como otro espacio donde se dirime la regulación de la sexualidad.

Vemos entonces que el cuerpo es un pre-texto, donde se inscriben diversas marcas, es el sitio o territorio

donde se desatan las luchas de poder. Está expuesto a las tensiones entre lo público y lo privado, donde algunos/as son escuchados y otros no. Tanto desde el lenguaje, como capital simbólico, como desde las instituciones que valoran unos individuos sobre otros, quedan voces y cuerpos marginados que retoma la teoría Queer. La sexualidad, por otro lado, es el dispositivo que le permite al cuerpo su ingreso en el orden cultural, y el modo en que ingrese estará dado por las significaciones que trascienden la materialidad y la diferencia anatómica. Así el cuerpo, o lo que se llama individuo o persona, constituye una forma de existencia de la sociedad donde se marca la diferencia sexual como un articulador de diferencias sociales y de poder altamente significativas (Bourdieu, 2000).

Michel Foucault (1992) es uno de los más importantes autores que plantean la fuerte conexión entre cuerpo y sus significaciones culturales, políticas y sociales. El poder disciplinario es definido como el camino por el cual los cuerpos son regulados, pensados, observados a nivel individual (la política anatómica del cuerpo humano) y como son monitoreadas las poblaciones (la biopolítica de la población). Ese control está definido como tecnología política de los cuerpos, que es formulado en discursos sistemáticos y diversos, y por ello no está localizado en un aparato de control estatal. Esa disciplina produce lo que el autor llama Cuerpos dóciles. Los sistemas clásicos de control han sido la medicina, la religión, el derecho y actualmente el impacto de las nuevas tecnologías y los medios masivos de comunicación.

Entonces, en ¿que recóndito destino se situaban las travestis, los trans y todas las formas posibles de vivir la sexualidad? De esos cuerpos invisibilizados, intervenidos, regidos por los patrones del ordenamiento genérico binario, nos habla María Luján Bargas. Cuestiona el carácter natural del dimorfismo sexual, mostrando cómo éste presenta una génesis y desarrollo a lo largo de la

historia y cómo las diferencias anatómicas que definen al hombre y a la mujer sufrieron sucesivas variaciones que están íntimamente relacionadas con los cambios históricos de las nociones ligadas al sexo y al género. Asimismo, propone una reflexión epistemológica acerca del conocimiento científico sobre las anatomías y fisiologías. La medicina, como uno de los discursos del poder, ordena normativamente esos cuerpos que no encajan en la estructura binaria. Bargas plantea que el dimorfismo sexual no supone el descubrimiento de diferencias anatómicas y fisiológicas, sino la creación histórico-social de las mismas y nos lleva a transitar un recorrido histórico de cómo se constituye la noción de cuerpo y cuáles son los vericuetos por donde se filtra el poder.

A su vez, ¿dónde se localizaban los varones y mujeres que elegían como *partenaire* a otro del mismo sexo? Del poder, de la capacidad o no de instituir derechos que otorguen la categoría de ciudadanía igualitaria en el marco de las democracias liberales, nos habla Renata Hiller a propósito del debate parlamentario por la ley de matrimonio igualitario. La autora discurre por el pensamiento político para demostrar que es necesario “ajustar” a las reglas de la democracia formal, para poder así lograr un derecho igualitario, negado en la historia a las personas que vivencian el amor con otras del mismo sexo. La necesidad de reforzar el principio igualitario, del mismo modo que ajustar la demanda a la conformación de las familias, llevó a la “desexualización” del discurso y una primera voz ausente que hizo eco en el discurso de la heterosexualidad. Los límites y las potencialidades de las democracias quedaron registrados en este trabajo.

Se evidencia en el desarrollo del texto que conjuntamente con los discursos hegemónicos subsisten construcciones diferentes del género, del cuerpo y de la sexualidad. Se expresan en las estrategias de demandas hacia el Estado así como en las prácticas micropolíticas y las

pequeñas resistencias de la vida cotidiana, en la subjetividad y en los “espacios sociales cavados en los intersticios de las instituciones y en las grietas y resquebrajaduras de los aparatos del poder-saber” (De Lauretis, 2000, p.62).

A ello se refiere el artículo de Mariela Acevedo, que muestra en las historietas, reducto masculino por excelencia, la subordinación de las mujeres pero también su resistencia. Las historietas y los historietistas colocan un límite (aunque desarrolla críticas a la noción de “techo de cristal”) a la participación de las mujeres y a la iconografía que las representa. Reflexiona sobre cómo las mujeres historietistas debieron abrirse un camino, muchas veces en la clave masculina y otras resistiendo, desde un complejo lugar, para poder colocar su voz liberadora.

Eugenia Tarzibachi rescata un análisis acerca de la cualidad de la mirada en la representación de la mujer de dos publicidades contemporáneas. Los cuerpos de las mujeres son ingredientes decorativos en una infinidad de avisos publicitarios y programas televisivos donde se activa la escoptofilia. En carácter de ícono y en posición de objeto, las mujeres son exhibidas para satisfacer el placer visual de unos hombres supuestos; mirada que mediatiza la interpelación de las mujeres y su potencial identificación con los rasgos de una feminidad tradicional.

En el régimen de visualidad publicitario, la mujer es figurada como un espectáculo erótico a ser contemplado, un objeto sexual representado desde una mirada masculina hegemónica. Precisamente esa mirada constituye un elemento esencial en el sostenimiento de la cultura patriarcal.

Para explicar los mecanismos de producción sociodiscursiva resulta pertinente analizar la vinculación entre los discursos y el poder. En este sentido, la teoría del poder que elabora Michel Foucault en la segunda mitad del siglo XX, parte de la idea de que existen micropoderes con gran potencia de difusión, en apariencia inocentes, ubicuos,